En mi humilde opinión, López y Fuentes habría logrado mejor su propósito, si hubiera hecho una novela *personal* de *Milpa, potrero y monte*. La novela impersonal resulta más apropiada en *Campamento, Tierra, El indio* y *Los peregrinos inmóviles*, donde el autor maneja masas de gente. En esta última novela, no conocemos individualmente a los hermanos ni a sus familias. Nos damos cuenta de los abusos que sufren; pero el autor los ha forjado como puros símbolos, según su propio propósito. Me parece que ha dejado de reconocer que un individuo campesino con un fondo psicológico tendría mucha más realidad que una creación simbólica, y por consiguiente, los lectores podrían ligarse a él más fácilmente, y ellos mismos podrían convertirlo en un símbolo de todos los demás campesinos. Aunque el autor nos habla de los abusos perpetrados por el presidente municipal, el juez y el bandido Febronio Silva, no nos presenta nunca una visión íntima de sus personalidades. En este punto, la novela pierde un poco de su fuerza.

En fin, *Milpa, potrero y monte* no deja de tener gran interés para el lector. Reúne, aunque no de la manera más feliz, muchas características de estilo que han hecho de López y Fuentes el primer novelista contemporáneo de México. Pero su gran valor consiste en dirigir la atención del público hacia los abusos postrevolucionarios que todavía están minando la producción agrícola de México, la cual tiene que ser la base firme para toda esperanza en un México próspero y grande. Terminemos este artículo con las palabras de Odilón, respecto a las condiciones actuales:

"No es eso lo que quiso la Revolución." (p. 29).

SEYMOUR MENTON

JUAN PABLO GUZMÁN ALEMÁN, *El gran Chapa*.—Guadalajara. Ediciones del Gobierno del Estado de Jalisco, 1951. 290 pp.

Es una tendencia quizás universal, si no una costumbre bien humana, acoger con entusiasmo relativo los productos literarios que nos llegan de las provincias. Ciertamente es que la experiencia nos ha demostrado que las capitales (con la significativa excepción de la de algunos países, como E. U. A.) ofrecen un ambiente mucho más propicio y estimulador para la creación artística, brindando oportunidades pecuniarias y profe-

sionales que generalmente logran arrancar a los escritores, de más (o menos) talento, de sus terruños natales. Hasta tal punto el mundo se ha dejado moldear por la aceptación de este hecho, que la sola aseveración de que tal o cual cosa es *provinciana*, nos invita a asumir una actitud superior delante de ella. El término casi siempre lleva implícito el significado de *inferior* o *mediocre*. Pero también es verdad que pocos de los escritores que han alcanzado renombre pueden llamarse capitalinos, pues viene de las provincias la inmensa mayoría.

El doctor Guzmán Alemán es uno de esos hombres de talento que, sacrificando la posibilidad de un éxito literario, no se ha dejado seducir por las promesas relucientes de un ambiente más favorable. Prefiere la vida tranquila y anónima de su tierra, donde trabaja y vive al margen de las ambiciones. Y así muchos hombres de mérito, desconocidos.

El gran Chapa obtuvo el "Premio Jalisco", correspondiente al año de 1950. Entre los jurados se contaban escritores tan destacados como Mariano Azuela, Enrique González Martínez y Agustín Yáñez. Pero por ser un concurso *provinciano*, lo más probable es que reciba escasa atención capitalina, sea cual fuere el mérito de las obras en él premiadas.

Colocada dentro de un escenario regionalista —jalisciense—, esta novela penetra dramática y vitalmente las *esencias* del ser nacional, a través de páginas que vibran de poder emotivo y que procuran captar "esperpénticamente" lo mexicano, en su hondura espiritual y sensible. No se engañe el lector creyendo que por ser la obra regionalista e indigenista, leerá detalles de una realidad fotografiada, ordinaria. No nos interesa tanto aquí el contenido desnudo de trama y vida, sino —si reconocemos que la novela es una creación artística por excelencia— la *forma* con que el autor ha revestido ese contenido. Me atrevo a señalar *El gran Chapa* como ejemplo perfecto de una nueva tendencia que está en evolución dentro de la literatura contemporánea —no sólo en la mexicana—, según la cual la aleja cada día más del "realismo" tradicional.

A través de sus páginas se mueve y da significado a la obra el tema del *caciquismo*, visto aquí como herencia de los caciques precortesianos. El espíritu de los primeros de éstos, en tiempos remotos, el terrible y despótico Chapa, todavía esclaviza y tiraniza a los ribereños del Lago de Chapala, en el antiguo reino llamado Chapalac. Hasta que los indios logren apartarse de su pasado bárbaro, podrán desarraigar de sus entrañas esta plaga corrosiva.

El desarrollo y la presentación de personajes nos interesa de una manera muy particular. Las circunstancias de la Revolución son la causa de que un joven seminarista vuelva al lado de sus gentes, en la región de Chapala. Allí él se da cuenta, en realidad por primera vez, del estado de esclavitud bajo la cual gimen y sufren los ribereños y de la inhumana explotación por caciques locales (a las órdenes de otros descendientes del gran Chapa, en la capital). Los indios son incapaces de rebelarse, y en todo caso su barbarie inherente no haría sino substituir un individuo por otro igualmente brutal, dentro de la misma tiranía. Al principio logra el seminarista defenderse contra sus inquietudes vitales, pues siente que su sincera preparación para el sacerdocio no le permite ya reaccionar activamente ante las realidades de la vida. No obstante, su fuerte inclinación mística va derritiéndose lentamente y comienza a caer bajo el misterioso influjo de los grandes dioses que habitan el lago. El primitivismo de su raza lo reclama, a pesar de las capacidades razonadoras adquiridas en el seminario de la ciudad. El resultado es un tremendo caos espiritual, en el cual lucha vanamente por mantener su equilibrio entre tantas fuerzas contradictorias. Por fin encuentra la solución en un noble pero imposible plan de liberar a su gente. Experimenta arrobos extáticos y se cree llamado por inspiración divina a unir a los pescadores en un gran movimiento de amor fraternal. Será su redentor y los salvará, a pesar de su propia resistencia. Su heroica lucha está destinada a fracasar, inevitablemente, como en efecto ocurre, y el seminarista, arrebatado por violentas corrientes psicológicas en estado de perpetua crisis, termina por ser cruelmente destruido por su propia gente, todavía incapaz ésta de sustraerse a su bárbaro destino.

Se destaca la dramática vida interior de los personajes, el desfile de sus íntimos impulsos y emociones, captados por la lente de la cámara lenta... que por su misma intensidad novelesca nos aprisiona irrevocablemente, dentro de su pequeño mundo de pasiones y de contradicciones. Contribuye no poco a esa impresión general, el estilo que emplea el autor, si nos es dado considerar estos dos elementos separadamente. El libro vibra con honda emoción y con las imágenes que crea... No hay nada aquí que sugiera un intento de ver la vida objetivamente. Es sobre todo una creación artística dentro del género, una novela que aunque probablemente no adquiriera gran renombre, quedará como un esfuerzo interesantísimo, de mucha calidad literaria. A través de sus páginas se

percibe un ejemplo magnífico de lo que puede producir un autor de las provincias, sin caer en la acusación de ser *provinciano*.

No obstante lo que hasta aquí se ha dicho, es preciso añadir que el libro deja la impresión de cierto descuido en el estilo. Es difícil juzgar si la espontaneidad y emoción logradas, cancelan por completo la acusación de que ese descuido constituye un defecto definitivo. La verdad es que un poco más de pulimento no habría estado de más. Del mismo modo, puede dar lugar a quejas la debilidad del argumento, aunque la importancia de este elemento novelesco es relativa. A pesar de estos pequeños detalles negativos, *El gran Chapa* no deja de ser una novela muy importante y digna de ser leída.

WINSTON A. REYNOLDS,
University of California,
Los Angeles.